

# El manejo de la clase



## Una reflexión personal

**H**ace más de treinta años cuando comenzaba mi carrera docente, estaba seguro de poseer todo lo necesario para desempeñarme cómodamente. Sentía que era docente “de alma” y que había recibido el don de enseñar inglés en la escuela secundaria. Tenía entusiasmo

y la preparación adecuada. Me gustaba estar rodeado de jóvenes y sabía lo que quería lograr en el aula.

Cuando surgió el tema del manejo de la clase, no le dediqué realmente mucho tiempo. Tenía sí una sensación de que había cosas que debía aprender sobre el tema; algo me decía que ne-

cesitaba detectar algunas técnicas que pudieran funcionar tanto para ayudarme a mí, como a mis estudiantes.

Al llegar más o menos a la mitad de mi primer año de enseñanza, supe que tenía que hacer algo en relación a los proyectiles de papel que volaban por el aire en mi clase de undécimo

---

DOUGLAS JONES

---

grado. Se me ocurrió entonces una muy buena idea: les expliqué a mis estudiantes que la única razón por la que el papel tenía que salir volando por el aire era cuando debía ser depositado en el bote de los residuos. Establecimos el reglamento de que si algún papel no lograba llegar al objetivo la última persona que lo había tocado descubriría que su calificación por la participación en clase se vería reducida cinco puntos cada vez que eso sucediera. Mis alumnos aceptaron este nuevo reglamento. Algunos días, ni un solo pedazo de papel surcaba el aire, pero otros días, tuvimos tantos espectaculares lanzamientos de todo tipo de papeles, que muchas de las calificaciones disminuyeron peligrosamente.

Aunque los alumnos dejaban ver que les gustaban mis clases de inglés, me di cuenta que yo tenía una idea un tanto vaga acerca de qué es un plan efectivo de manejo de la clase. Y lo que es peor aún, carecía del compromiso necesario para crear uno. Para ese entonces, me había ganado la atención y simpatía de algunos de mis colegas, y el director me sugirió inclusive que me convenía asistir a un seminario sobre el tema.

Pronto descubrí que tendría que haber preparado un plan de manejo de la clase colocando en él mi estilo propio, para lograr que todos los alumnos pudiesen avanzar cómodamente por los temas curriculares, con el mínimo de interrupciones, alborotos y tonterías.

### **La teoría y la práctica**

Unos años después –en la primera clase de mis estudios doctorales– el profesor hizo la siguiente pregunta sobre la enseñanza de la escritura: “¿Existe una coincidencia entre su teoría y la práctica?”

A partir de esta pregunta me gustaría aplicar varias otras que pueden ser de ayuda para el establecimiento de un plan personal del manejo de la clase: ¿Como docentes hemos desarrollado planes que capitalizan lo que sabemos sobre los jóvenes? ¿Nuestras estrategias surgen de conocimientos basadas en la investigación sobre el

desarrollo físico e intelectual de los niños? ¿Se ven influidos nuestros planes de mantener el orden y el decoro en el salón de clases por nuestra comprensión de las necesidades, capacidades e intereses de los niños y adolescentes?

La teoría y la práctica tienen que apoyarse mutuamente. Se debe desarrollar un esquema a partir de lo que saben los docentes, tanto respecto de sus estudiantes como de sí mismos. Si descubro que mis alumnos logran una mejor comprensión del tema al hacerme preguntas, es necesario

**L**a distribución de asientos crea innumerables posibilidades para el trabajo en grupos pequeños, y provee un lugar especial para el aprendizaje que se estimula en la relación alumno-alumno.

que dedique tiempo para preguntas y respuestas en el plan de la lección del día. También he aprendido que necesito pensar sobre qué clase de actividades se requerirán en cada una de mis clases y tratar de alternar las lecciones de alto impacto, que requieren energía extra por parte del docente, con otras de menor impacto y más fáciles de presentar.

Ahora sé que siempre habrá nuevas cosas que puedo aprender para lograr un buen manejo en una sala llena de jóvenes. Leo bastante las publicaciones sobre el tema, y observo las expectativas y estrategias de mis colegas. Sé de docentes que piensan que en clase casi no se debería hablar, y otros que se sienten perfectamente

bien aunque todos hablen al mismo tiempo. Algunas clases son modelos de precisión; se pueden ver ordenadas hileras de asientos, y cada palabra en la pizarra alineada prolijamente, mientras que otras clases están compuestas por remolinos y torbellinos de escritorios y sillas, que parecen haber sido acomodados por un loco en medio de un terremoto. Las pizarras de los anuncios muestran colores estridentes y palabras con letras modernas que han sido fijadas en una continuidad de ángulos extraños. Me gusta mucho visitar aulas de escuelas primarias decoradas con modelos de castillos, paredes cubiertas de palabras, jaulas con pequeños animalitos, plantas de tomate y en medio de todo eso, los escritorios. También me gusta ver los salones de clase de las escuelas secundarias que están llenos de láminas de colores, –trabajos de la clase de arte– estantes con libros nuevos y lustrosos –no esos libros raídos y de colores insulsos que se donan cuando ya no sirven– muebles de exhibición llenos de estrellas de mar y nidos de aves... Todo esto estimula mi curiosidad y me dice del entusiasmo que produce aprender. El ambiente del salón de clases a menudo es un elemento pasado por alto a la hora de establecer el plan personal del manejo de la clase.

### **El ambiente del salón de clases**

Tenemos que tener en cuenta dónde hacemos lo que hacemos. ¿Afecta nuestro conocimiento sobre las inteligencias múltiples la manera en que construimos el ambiente del salón de clases? Si mi aula es estimulante y favorece la creatividad, ¿será más probable que mis estudiantes aprendan con mentes y corazones abiertos? Si la sala se ve organizada y en perfecto orden ¿se sentirán mis alumnos más inclinados a abrazar estos atributos y a comportarse bien? Estas consideraciones forman una pieza del rompecabezas que denominamos: el manejo de la clase.

Y créase o no, es fundamental la manera de llenar el espacio de nuestros salones con los estudiantes. Sí, en

este punto me estoy refiriendo a los esquemas de distribución de asientos. Saber quién tiene que estar en un lugar determinado resulta fundamental para el plan de manejo de la clase, que he ido desarrollando a lo largo de los años. Por supuesto, existen diferentes estrategias: (1) acomodar a los estudiantes por orden alfabético; (2) separar a los más propensos a conversar entre ellos; (3) combinar estudiantes con diversas habilidades y trasfondos, en pequeños grupos; y (4) distribuirlos de acuerdo con sus calificaciones, lo que no recomiendo —más allá de que en mi caso resultó una experiencia para desarrollar el carácter durante mi primer año de la escuela secundaria.

El arreglo del salón de clase y la ubicación de los estudiantes se parece en gran medida a la coreografía de una danza. Es un método efectivo de manejo que nos permite a los docentes sacar lo mejor (o minimizar lo peor) de las combinaciones de temperamento y personalidad de los estudiantes. La distribución de asientos crea innumerables posibilidades para el trabajo en grupos pequeños, y provee un lugar especial para el aprendizaje que se estimula en la relación alumno-alumno y enfatiza el sentido de pertenencia de un estudiante. He descubierto que una distribución de asientos que acomode a los estudiantes de manera que estimule su aprendizaje ha sido muy útil. Al revisar la distribución de asientos cada tres o cuatro semanas uno puede asegurarse de que los estudiantes trabajen con diversos compañeros.

### Procedimientos de la clase

Aunque el ambiente de la clase es importante, los procedimientos bien pensados son aún más vitales a la hora de establecer un plan exitoso. Esto se ve ya desde la escuela primaria. Los maestros saben que los seres humanos son criaturas de hábito y que el refuerzo de patrones de conducta puede hacer que el día se desarrolle sin complicaciones. Los maestros que han establecido un método para conseguir la atención de

sus estudiantes —por ejemplo: batir las palmas, levantar la mano o hacer sonar una campanilla— están en el buen camino para garantizar la concreción del aprendizaje, dado que sus alumnos saben lo que se espera de ellos y no se pierde tiempo.

Estos procedimientos tienen que ser explicados. No se puede esperar que los alumnos intuyan nuestras intenciones; es necesario integrar los procedimientos a la lección del día. Por ejemplo, antes de la clase de educación física, usted puede pedirles a sus alumnos de tercer grado que se

## **E**l establecimiento del plan propio del manejo de la clase depende de la coordinación y equilibrio entre muchas tareas, y se va haciendo realidad a lo largo de los años.

formen en fila en el pasillo y que no hablen mientras se dirigen al gimnasio. Sin embargo, ellos comienzan a hablar en voz alta antes de haber dado siete u ocho pasos por el pasillo, y usted comienza a recibir miradas de desaprobación de los demás docentes mientras va pasando junto a las puertas de sus aulas. Este es un *momento pedagógicamente aprovechable*, una oportunidad de ilustrar lo que quiso decir cuando expresó: “No hablen por el pasillo mientras vamos al gimnasio”. Simplemente debe llevar a los niños de regreso al salón de clases, hacerles recordar qué significa *no hablar*, e intentarlo de nuevo. Puede ser que tenga que enviarlos un par de veces más de regreso al aula, pero por medio de esta acción les estará enseñando una importante lección de obediencia y decoro. Al mismo tiempo les ha enseñado que cuando dice

algo, eso es lo que realmente quería decir y que espera que se comporten según lo expresado. Así ha logrado enseñarles un procedimiento que hará que el plan de manejo de la clase funcione de manera efectiva.

Los estudiantes suelen responder en forma positiva a procedimientos de rutina una vez que esas estrategias han sido explicadas y establecidas. Por lo general, les gusta saber lo que se espera de ellos, y en qué momento sucederán las cosas. Muchos docentes, en especial de la escuela secundaria, descubren que el comienzo de cada período de clase es un momento fundamental para establecer el ambiente de aprendizaje.

Cuando los estudiantes ingresan al aula, estos docentes han instaurado un procedimiento que les permite hacer una transición directa al modo de aprendizaje. Algunos le han puesto el nombre: *tarea de campana* (porque es la tarea que comienza tan pronto como suena la campana), o la *tarea en la pizarra* (porque se escribe una breve tarea en la pizarra del aula). No importa qué método le resulte más conveniente, lo animo a tener en cuenta este valioso procedimiento para hacer que sus estudiantes se involucren inmediatamente en la actividad del día.

Esta breve tarea de campana o de pizarra puede servir de introducción a la lección que se va a desarrollar, o puede ser una actividad para hacer de pie, y puede repetirse todos los días. Si la lección de geografía va a tratar sobre la hidrografía, puede pedir a sus alumnos que describan por escrito cómo creen que sería cruzar un gran río en bote, o dibujar y colorear la imagen de un lago que la familia haya visitado. El objetivo es lograr que se tranquilicen y comiencen a pensar en la actividad del día. Aun cuando todavía no estén inmersos en el tema, es una manera de moverlos afectivamente (y efectivamente) en esa dirección.

Una “tarea de campana” que yo usaba cuando enseñaba inglés en la escuela secundaria era dedicar breves momentos para escribir a toda velocidad en un diario personal.

Los estudiantes sabían que durante cada período, tenían diez minutos para escribir una página completa de sus diarios sobre cualquier tema que desearan. (A menudo solía poner un tema en la pizarra para ayudarlos a comenzar). Sabían que cada día tenían que llenar cada línea de una página; de lo contrario, no recibirían los cinco puntos que yo le asignaba a esa tarea. La regla de todas las líneas en diez minutos era lo que requería más “enseñanza”. Pero la repetición de esta rutina a pesar de que les costaba quedar tranquilos y escribir, finalmente ganó espacio y casi todos llegaron a completar la tarea, que funcionaba perfectamente a manera de transición con la lección del día.

### Planes de acción

Otro elemento del plan de manejo de la clase requiere reunir actividades atrasadas que puedan ser usadas como una *esponja* para cubrir todo tiempo extra. Los docentes sabemos qué significa eso de que sobren quince minutos al final de la presentación de un tema; hay que llenarlo con algún tipo de actividad que estimule el interés de los estudiantes y reorienten sus energías.

A lo largo de los años, toda vez que he tratado de afinar los detalles de mi propio plan de manejo de la clase, he recolectado un número de activida-

des “esponja” para llenar los minutos libres e impedir que mis alumnos más veloces tengan tiempo libre, lo que resulta en momentos de mala conducta y alboroto generalizado; y peor aún, algo que puede deshacer el aprendizaje que han adquirido en la clase de ese día.

Me ha funcionado bien dar a mis estudiantes más dedicados unos diez o quince minutos extras para leer por su cuenta; sin embargo, ese grupo es muy reducido. Más a menudo, descubro que tener una reserva de copias de juegos de palabras y rompecabezas ya listos para distribuir, me brinda una actividad que encaja perfectamente en un período breve y complementa el plan de la lección del día. Los docentes de estudios sociales, matemática y ciencias pueden crear actividades similares que refuercen el vocabulario de sus temas, así como cualquier otra actividad rápida que esté relacionada al tema.

El establecimiento del plan de la clase depende de la coordinación y equilibrio entre muchas tareas, y se va haciendo realidad a lo largo de los años. Cada plan es una dinámica en desarrollo. Lo que para algunos docentes surge naturalmente, puede requerir más tiempo y más experiencia para otros. Pero el concepto clave es que haya un plan; planificar es el verbo importante. Para lograr que

haya un plan, hay que planificar.

Al considerar el ambiente y los procedimientos de la clase, junto con nuestras propias expectativas sobre nuestros alumnos y nosotros mismos, tenemos la posibilidad de articular un plan de acción que logre que el manejo de la clase sea un elemento natural y agradable en nuestra experiencia del día a día.



**Douglas A. Jones** es director del Departamento de Inglés en la Universidad Andrews, en Berrien Springs (Michigan, Estados Unidos). Jones se mantiene activo

con presentaciones y como tutor de escuelas y grupos de alfabetización en la región. Durante el tiempo que ha estado en la Universidad Andrews, ha sido profesor, director de Relaciones Universitarias y editor de Focus, la revista de los exalumnos. Anteriormente había trabajado como vicerrector de Administración Académica del Colegio Superior Unión de Columbia (hoy Universidad Adventista de Washington) y su experiencia abarca el nivel secundario y universitario en las áreas de Educación e Inglés.